

Bond girls: Diosas con licencia para perder.

Dña. Marta González Caballero
Universidad Antonio de Nebrija.

Sabedora de que todo arte es efímero, y hoy más que nunca porque hemos llegado a convertirlo en un producto de consumo, no venero ingenuamente el cine, simplemente trato de utilizar algunos instrumentos de la imaginación y la reflexión para llevar a cabo la tarea siempre difícil de humanizar el tiempo y el espacio que me ha tocado vivir.

Por otro lado, no encuentro nada pernicioso en el hecho de venerar ingenuamente el cine, pues como todo arte, mantiene una tensa pero interesante referencia al futuro desde las cenizas vivientes del pasado. De este modo, conocer y comprender el complejo universo mitológico puede permitirnos olfatear las imágenes venideras tratando de encontrar en ellas los fantasmas proféticos que pudieran haberlas engendrado.

Esa ha sido mi tarea en este ensayo, ese ha sido mi intento.

Parto de la idea nada original de que el mundo está lleno de diosas, no hay más que observarlo con cierto detenimiento para darse cuenta. Hay diosas anónimas poniendo lavadoras en miles de casas y diosas estratosféricas en las pasarelas de moda de medio mundo. Hay diosas en programas y realitys de televisión, en las marquesinas de autobús o luchando por erradicar el ébola en Liberia y Sierra Leona. Hay diosas con un micro en la mano, con una pluma o una tiza y hasta vistiendo un baby de rayas rosas y blancas. Hay miles de diosas y todas son distintas. Pero esas diosas son adoradas de manera fugaz, pasarán y su lugar será ocupado por otras irremediabilmente. Solo unas pocas, las verdaderas deidades, permanecerán inmutables, adquirirán entidad propia y trascenderán a su tiempo para hacerse eternas.

El cine, que no puede escapar al capricho de crear modelos y sugerir patrones deseables, nos ha propuesto muchas en sus ya 120 años de historia, diosas con voluntad de serlo, con espíritu de deidad –*Gilda*, en la película del mismo nombre de 1946 dirigida por Charles Vidor, o Sugar Kane en *Con faldas y a lo loco* de Billy Wilder en 1959, serían probablemente dos de los ejemplos más ambiciosos-. Hay igualmente diosas que jamás han buscado fama o adoración, pero que no han podido escapar a su destino –Madelaine Elster/Judy Barton en *Vértigo* (A. Hitchcock, 1958) sería su mejor exponente-; e incluso nos ha brindado la posibilidad de contemplar cómo seres mortales, féminas deseosas de ser diosas, podrían llegar a serlo, evidenciando así que siempre habrá alguna que jamás lo será.

Dentro de este ambiguo campo de posibilidades he situado mi ensayo sobre las *Bond girls*.

Para quienes no estén familiarizados con el término, se hace necesario aclarar pronto que en esto no hay más leña que la arde, es decir las *Bond girls* son explícitamente “chicas para Bond”, de uso exclusivo del héroe, fáciles de digerir y olvidar, puesto que se reducen a una simple presencia -muy buena, es cierto- que permite hacerle más grata la vida a su famoso acompañante. En realidad, estas chicas son una especie de harén, un

conjunto creciente de voluptuosas bellezas que mayoritariamente responden al prototipo de mujer *playboy*. Son bellas, exuberantes, atractivas y misteriosas, inocentes o peligrosas –según el caso-, exóticas y aventureras, pero que cumplen un papel siempre secundario en todas las entregas de la saga. Quiero decir con esto que, pese a su presencia constante o su intromisión en el desarrollo de las tramas, las *Bond girls* no dejan nunca de ser un elemento prescindible, que incluso se vuelve molesto en los momentos de máxima tensión dramática.

Ateniéndonos a las funciones que cumplen dentro de la narración, los personajes definidos como *Bond girls* podrían clasificarse en función de tres arquetipos¹ básicos:

- la damisela en apuros: es la chica buena que oculta o arrastra un oscuro pasado, dependiente y necesitada de ayuda. De alguna forma, podría identificarse con el mito de Andrómeda, pues necesita del héroe para salvarse. La mayor parte de las mujeres “no peligrosas” de las primeras películas de la saga pertenecían a este arquetipo, puesto que el papel de heroína no estuvo a su alcance hasta mediados de los setenta.
- la *femme fatal*: es la chica mala que trabaja para el antagonista de turno. Suelen darse dos variaciones a esta situación, o bien permanecen fieles a sus malvados hasta el final –serían las malas malísimas- o bien se redimen para acabar ayudando al héroe –las malas conversas-. A lo largo de los años, es el personaje que más se ha repetido, dando con ello pie a toda una legión de malvadas dignas de pasar a la posteridad.
- la heroína: es la chica independiente que actúa por su cuenta y que encuentra en el espía británico un aliado para sus propios fines. De tímida aparición en los inicios, estos personajes femeninos han ido ganando fuerza y presencia con la llegada del nuevo siglo. Mujeres más fuertes, independientes y con las cosas más claras han asomado recientemente para dar con su presencia una proyección diferente y mayor del propio James Bond.

Pero pese a estas distinciones particulares, todas ellas tienen en común dos cosas: acabarán de una u otra forma seducidas por Bond, y formarán parte –por eso mismo- del bando de los vencidos.

Una vez aclarado este punto, resulta igualmente necesario indicar que el presente trabajo no es más que un intento de análisis –quizá iniciático- de unos personajes que, teniéndolo todo para ser Diosas, en su mayoría se han visto abocadas a la tragedia de ser humanas. Sin embargo alguna, tras su muerte o abandono –cual Ariadna en la isla de Naxos-, ha conseguido aspirar al alto honor de ser adorada en el Olimpo. Quien sabe, quizá tras este breve ensayo consiga demostrar que las *Bond girls* nacieron con una ineludible licencia para perder, pero que precisamente por eso, algunas de ellas al perder, ganaron.

Sin embargo, de inicio soy recelosa con este pensamiento y trataré de explicar porqué. Ante la paradoja de perder para ganar habría que hacerse algunas preguntas

¹ Según Ana Guil Bozal, “los arquetipos pueden ser considerados los ancestros de lo que hoy llamamos estereotipos, al ser como el vestigio que ha llegado a quedar de los modelos prototípicos que estuvieron vigentes en culturas primitivas, y que han llegado hasta nuestros días a través de la mitología. Al igual que sucede con los personajes mitológicos, los modelos arquetípicos conjugan hechos históricos con fantasías, realidades con deseos, tragedias con miedos y temores; aglutinado todo ello con creencias religiosas, valores éticos y prescripciones o proscipciones morales sobre lo que se debe pensar, sentir y hacer. Son, por lo tanto, la base sobre la que se construyen nuestros valores”. (Guil, 1998: 95)

complicadas, siendo la primordial: ¿si ellas siempre pierden, quien puede existir en contrapartida que siempre gane? La respuesta es simple: Bond, James Bond.

Aún no tengo muy claro si Bond es sólo un nombre que se va heredando, como el impecable esmoquin, el Aston Martin DB5 o la Walter PPK, o si por el contrario es un hombre eterno (cual Dios) que sobrevive y traspasa años, décadas e incluso siglos, haciendo ese trabajo suyo tan complicado en perfecta forma física. Parece ser que es esto segundo, que lejos de quedarse en una simple marca registrada, Bond puede pelear, matar, enamorar, seducir, confundir, martirizar y ganarlo todo sin despeinarse y sin que por él pasen los años. Visto así, sería quizá adecuado que le asemejáramos al mismísimo Zeus.

Me subyuga mucho esta idea, la de que alguien superior vele por el mantenimiento del *status quo* económico, social, intelectual y político, la de que exista un ser tan poderoso que pueda actuar con insultante ambigüedad, matando por necesidad pero también por placer. Puede igualmente permitirse actuar con elegante cinismo: “su actitud frente a las mujeres es machista hasta lo inimaginable y hedonista hasta la exageración” (Solé, 1997:2), seduciendo por que está en su naturaleza el hacerlo, pero también porque indudablemente puede. El mundo, tal y como lo conocemos, está tranquilo con su existencia. Los planes mas devastadores o los sueños delirantes surgidos de infinidad de mentes malvadas, jamás se harán realidad. Zeus nos protege desde su posición privilegiada e inaccesible para cualquier otro ser mortal.

Y como el mas grande de los dioses, Bond necesita a sus diosas y cuantas más mejor. He aquí que empezamos a tener un segundo problema que definir y aclarar: ¿podrían ser las Bond girls Diosas?

Bueno, cabría la posibilidad de ilustrar estas páginas con unas cuantas imágenes que sirvieran para dilucidar esta cuestión, para refrescar algunas memorias y conseguir una notoria asertividad diferida. Pero he aquí la primera y más eficaz prueba de confirmación de esta hipótesis: no hace falta.

Las Diosas están presentes en nuestra memoria, acuden a ella con sólo ser nombradas, permaneciendo en nuestro inconsciente por mucho que pasen los años. Las diosas son por eso inmortales y no necesitan estar presentes físicamente para ser reconocidas como tal.

Del mismo modo, si en este punto inicial apelo a la memoria del lector y le pido que recuerde a alguna chica Bond, la verdad es que inmediatamente le asaltarán no sólo una, sino varias. Sus imágenes, sus representaciones han trascendido más allá de cualquier cultura y cualquier década, y se han mantenido en el imaginario colectivo, cual diosas dignas de ser adoradas. ¿O acaso no ha acudido a la llamada Honey Rider -si queremos Úrsula Andress- emergiendo bellísima entre las aguas en la que fuera la primera de las aventuras de James Bond, *007 contra el Dr. No* (T. Young, 1962)?

Si es así, resulta imposible no ver en ella a la escultural diosa Afrodita –Venus, Astarté o Inanna, para romanos, fenicios o sumerios respectivamente-. Es imposible desligarla de esa aproximación mitológica a la que parece homenajear con gran acierto. Úrsula aparece ante nosotros como una imagen sublimada, diosa venida del mar, pero no sobre una gran concha dorada sino por sus propios medios, caminando firme, desafiante. No necesita la desnudez total de la Venus de Botticelli para despertar

el deseo y el interés del héroe, le basta con ese níveo bikini al que incorpora estratégicamente un puñal. Con esta imagen, la pescadora de perlas y caracoles, quedó instalada para siempre, tan eterna como cualquier otra diosa, en el papel de la chica Bond por excelencia. Sexy, femenina, necesariamente buena y en apuros, Úrsula no sólo estuvo a la altura del naciente mito cinematográfico que iniciaba una larga y exitosa carrera, sino que fue una temprana adelantada de las chicas duras y autosuficientes de la última década en la gran pantalla.

Haré un breve inciso en este punto, pues resulta necesario recordar que la saga Bond se iniciaría en los primeros sesenta y que las chicas que empezaron a aparecer en estas películas tomaron como patrón una fórmula ya conocida y que luego se ha extendido hasta la saciedad: mujeres atractivas, apetecibles nada más aparecer y listas para retozar sin remordimientos, sin comprometerse a nada ni a nadie, personajes de ínfimo espesor humano pero de máximo valor decorativo.

Sin embargo, como ya esbozaba unas líneas antes, no es un producto nuevo. Estas mujeres provienen en realidad de una actualización –de una tradición si queremos– de las conocidas “pinups”, aquellas mujeres risueñas e insinuantes cuyas efigies –valga el eufemismo– elevaban la moral de los soldados norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial; mujeres que decoraban paredes en celdas de cárceles de todo el país o que hacían más llevaderos los meses de trabajo al asomarse con descaro en infinidad de calendarios, otorgando materialidad y vida a las criaturas estilizadamente curvilíneas, que diseñaba para la revista masculina *Esquire* el artista peruano Alberto Vargas desde de 1940. Criaturas de ensueño, maravillosamente imaginadas y llevadas al papel, con un incitante aire de alegría y una despreocupada disponibilidad. Las chicas de Vargas –cuyas primeras modelos fueron, no en vano, las bailarinas de *Ziegfeld*–, como las de George Petty y otros notables dibujantes, acompañaron a miles de soldados y llegaron a ser consideradas –junto a determinadas actrices de carne y hueso– efectivas armas cuando no auténticas Ateneas, flamantes diosas de la guerra.

Con tal ascendencia, resulta inevitable dar un primer voto positivo a la naturaleza divina de estas mujeres, por muy al servicio de un Bond que estén.

Por mi parte, estoy convencida de que más de uno ha recordado a Úrsula en ese instante descrito a modo de ensoñación, e incluso puede que algún atrevido haya dado un paso más y haya relacionado esta secuencia memorable con otra que se repitió cuarenta años después, la de la aparición de Jinx, o Halle Berry en la irregular *Muere otro día* (L. Tamahori, 2002), última intriga de Pierce Brosnan en la piel de un Bond al que jamás consiguió ajustarse definitivamente. El homenaje a su predecesora, siendo bonito, resulta decepcionante pues no dejamos jamás de ver a Úrsula, con lo que la comparación se vuelve odiosa.

Puede que alguno, llevado por esa petición *vintage* que hice unas líneas antes, haya recordado sin embargo a otra belleza icónica, la de Jill Masterson (Shirley Eaton) en *Goldfinger* (G. Hamilton, 1964). Pese a que su aparición fue mucho más efímera logró hacerla imborrable, formando así parte de esa lista de imágenes de la historia cinematográfica: la muerte por baño de oro.

Estamos frente a una tipología de chica bond diferente pues la señorita Masterson está en el bando de “los malos”. Espía del gran *Goldfinger*, debe entretener a Bond lo suficiente como para que baje la guardia y puedan eliminarlo. Pero ya hemos visto que

los encantos de este dios resultan irresistibles y llegado el momento acabará seducida, encontrando así su perdición. Ella, cual Dánae bañada en oro, no despertará sin embargo de su sueño, pero logrará de esta manera la máxima que expresaba en el inicio: perder para ganar.

La diosa Masterson, al igual que le ocurrió a Honey Rider, tuvo años después su propio remake, su propio homenaje al ser recordada por Gemma Arterton en *Quantum of Solace* (2008), aunque en esta ocasión el resultado sí fue bastante espectacular porque el recubrimiento del cuerpo de la joven se hizo con petróleo, es decir, con el conocido como oro líquido.

Puesto que he empezado diciendo que diosas hay muchas, puede que haya alguien que en lugar de recordar a cualquiera de estas dos indiscutibles, haya pensado en una tercera, la singular Solitaire (Jane Seymour) que aparecía en *Vive y deja morir* (G. Hamilton, 1973). El personaje tiene un enorme atractivo y sus referencias simbólicas permiten un viaje de aproximación a más de una deidad, pues Solitaire no es sólo una joven atractiva y misteriosa, es ante todo una mujer virgen que posee el extraordinario poder de conocer el futuro, de adivinar lo que va a ocurrir consultando sus cartas del tarot. La singularidad del personaje estriba pues en la naturaleza de su poder, en su origen virginal.

Sin embargo, resulta más complicada de lo que parece, puesto que puede mostrarse dulce e ingenua durante un momento, para pasar de pronto a dominar la voluntad y el pensamiento de cualquier hombre dispuesto a escuchar sus predicciones. Y tiene un tercer rostro, el de heroína independiente, que desea alcanzar la libertad a toda costa, incluso aunque le suponga la muerte. Esta triple versión de una misma diosa podría corresponderse con Hécate, la diosa de la magia y el destino, la diosa que jamás tuvo cónyuge aunque si descendencia, puesto que podía reproducirse por partenogénesis.

Resulta tentadora la idea de que Solitaire sea una especie de Hécate moderna, puede incluso que una Artemisa peculiar, pues une a su condición de mujer casta y virginal el extraordinario poder que su hermano gemelo Apolo recibió de los dioses, el poder de la adivinación. Puede que sea Artemisa, efectivamente, aunque mucho menos peleona, pues al fin y al cabo, tiene a James Bond a su lado para esa tarea.

Podríamos continuar con esta lista, pues Melina Havelock (Carole Bouquet) fue una fantástica diosa Diana armada no sólo con una ballesta sino también con una belleza e inteligencia nunca vista hasta entonces en cualquiera de sus anteriores colegas, en *Solo para sus ojos* (John Glen, 1981). Sin olvidarnos de la magnífica MayDay (Grace Jones en *Panorama para matar*) a modo de Kali, la diosa negra del hinduismo, representante de la justicia violenta y el poder destructor del tiempo. Siendo una violenta malvada en su inicio, acabará ayudando a Bond y sacrificando su vida por hacer justicia.

Sirvan por ahora estos ejemplos no sólo para establecer un curioso paralelismo entre determinadas chicas bond y algunas deidades del Olimpo, sino para dar un paso más en el argumentario que he planteado desde el inicio, el de que estas mujeres podrían ser efectivamente diosas, puesto que no son “mujeres reales”, no representan bajo ningún concepto a la mujer corriente y, por tanto terrenal. Las *Bond girls* han sido construidas como la representación de una fantasía, son la viva imagen de un sueño –que es en sí masculino-, puesto que “el cine se alimenta de ciertos deseos humanos, perpetúa sus

mitos, proporcionando una ética, una lengua y una geografía imaginaria” (Kehl, 1996:139).

Resulta evidente que no existe pues un vínculo de identidad claro entre estas mujeres representadas en las películas de James Bond y las mujeres de su tiempo, puesto que el espacio simbólico en el que se han insertado las historias, en el que han transcurrido las películas ha sido un espacio alienante, cerrado y, hasta hace muy pocos años, estático para las mujeres que aparecían en ellos. Las chicas bond estaban al margen de la realidad, sólo existían en la ficción bondiana y no tenían permiso para evolucionar.

En este sentido cabría ejemplificar esta cuestión con una anécdota real que se produjo entre Lois Maxwell (Miss Moneypenny) y el productor asociado Cubby Broccoli, durante la firma del contrato de *Panorama para matar* (J. Glen, 1985) y que está recogida en la página web oficial de la factoría Bond:

...cuando Cubby Broccoli informó a Lois Maxwell que esa iba a ser su última película Bond, siguiendo el retiro de Roger Moore del papel, Lois sugirió que se le permitiera hacer el papel de M. La idea fue rechazada pensando que el público no aceptaría jamás a una mujer. Sin embargo, en los diez años siguientes los prejuicios habían cambiado lo suficiente como para que Judi Dench fuera aceptada de forma entusiasta como la nueva jefa de Bond.²

Estoy plenamente convencida de que lo que tenía que cambiar en 1985 no eran los prejuicios del público, sino más bien la mentalidad anquilosada de los productores y demás cabezas pensantes con poder para tomar decisiones de este tipo. No es que el público no lo aceptase, es que resultaba necesario que lo hiciera alguien de dentro, que alguien con capacidad visionaria, pudiera percibir que el mundo ya había cambiado y que las arrugas de su actual James Bond era el menor de sus problemas. Pero no estaba la ficción preparada todavía para un baño de tanta realidad.

En cualquier caso, se han ido esbozando ya algunas de las circunstancias que nos permitirían incluir en el estatus de diosas a las *Bond girls*: el hecho de no necesitar presencia física para ser recordadas, su naturaleza irreal y su posición de secundarias frente a un dios todopoderoso. Pero eso no es todo, aún nos queda una reflexión importante que argumentar. Por un lado está la circunstancia cuasi permanente, de estar ancladas a la ficción. Ellas tendrán su momento de gloria dentro del mundo irreal al que pertenecen, pero fuera de él quedaron condenadas al ostracismo, es decir, perdieron doblemente la batalla. Prácticamente ninguna de las actrices que han lucido palmito en esta enorme saga ha tenido algún tipo trascendencia fuera, lo que implica que de alguna forma han hecho honor a su nombre, existiendo solamente para James Bond, siendo sólo un personaje al otro lado del espejo.

Un espejismo no es una mera ilusión, sino una imagen, concepto o representación íntimamente relacionada con lo que denominamos realidad, materia prima de la presunta transformación o desviación que lleva a cabo el espejismo. No obstante, en un laberinto de espejos y especulaciones lo que

² <http://www.archivo007.com/index.php/peliculas/oficiales/panorama-para-matar/aliados>. (En consulta el 14 de enero de 2015)

uno/a acaba descubriendo es que la realidad es un espejismo más. (Torras, 2007: 5).

Puede que Meri Torras tenga razón, que al final la realidad no es más que un espejismo y que, por eso mismo, necesitamos del cine, necesitamos volver una y otra vez sobre las imágenes de diosas rotundas, de diosas perversas o de diosas caídas, pues el mundo se nos presenta así más dócil y asequible, más humano. Y al sentir que lo dominamos, que podemos manejarlo a nuestro antojo creamos nuevas imágenes que alimenten nuestra realidad y que sirvan como fuente de retroalimentación de un medio que nunca para de soñar, que “*nutre nuestro imaginario, nos fabrica recuerdos (como dice Godard), nos propone modelos, nos enseña códigos de conducta, nos abre ventanas, nos cierra puertas, nos crea emociones, nos traza mapas sentimentales, modela nuestra subjetividad y nuestra vida*”... (Aguilar, 1998: 16)

Y moldeando nuestra subjetividad y nuestra vida, Bond se plantó en el nuevo siglo –y milenio- con aires renovados. No era ya simplemente que tuviera a una mujer por jefa, eso estaba ya superado, es que las motivaciones del héroe habían cambiado necesariamente y su herencia histórica se hacía cada vez más pesada. No hay dios sin memoria, inmune a lo que sucede a su alrededor, en un mundo que ya no le necesita porque no cree en dioses de ningún tipo. Bond tenía el gran reto de aceptar eso y adaptarse a los nuevos tiempos sin parecer un ciborg obsoleto en busca de su propia verdad. Y entonces emergieron las nuevas diosas, las que le salvan la vida, tan audaces que no necesitan artilugios disparatados para solventar situación de gran tensión. De pronto ellas también tienen historia, vienen de algún sitio y, lo mejor de todo, irán a cualquier otro lugar, porque han perdido el anclaje.

Sin embargo, ahora que hemos recordado algunas de estas diosas y hemos visto hasta donde han sido capaces de llegar, podemos confirmar la paradoja de inicio, ninguna de las más de cincuenta *Bond girls* que han desfilado por las pantallas en más de medio siglo de existencia del héroe, ha conseguido conquistarlo y derrotarlo³. Ahora sabemos el secreto de la inmortalidad de Bond y el de su racha ganadora: ellas deben perder para que todo se mantenga estable y quizá lo que ocurre aquí es que ellas pierden a propósito, para poder ganar así su trocito de Olimpo.

- Notas bibliográficas:

- AGUILAR, P. (1998): *Mujer, amor y sexo en el cine español de los noventa*. Fundamentos, Madrid.
- GUIL BOZAL, A. (1998): El papel de los arquetipos en los actuales estereotipos sobre la mujer” en Revista Comunicar nº11. Sevilla.
- KEHL, M.R. (1996): *Mínima diferencia. Hombres y mujeres en la cultura*. Imago, Sao Paulo.
- TORRAS, M. (2007): “Bellas, sabias, narcisistas, prudentes y vanidosas: feminidades especuladas. Una aproximación al motivo de la mujer ante el espejo” [artículo en línea] Extravío. Revista electrónica de literatura comparada, núm. 2. Universitat de València [En consulta: 20/01/15] <<http://www.uv.es/extravio>> ISSN: 1886-4902.
- SOLÉ, J. (1997): “35 años con 007”, en *Fantastic Magazine*. Barcelona.

³ Sólo en una ocasión James Bond estuvo enamorado realmente y contrajo matrimonio, en *007, Al servicio secreto de su Magestad* (Peter Hunt, 1967). La afortunada fue Diana Rigg en el papel de Tracy di Vincenzo, pero la felicidad le duró muy poco, ya que fue asesinada el mismo día de su boda. De alguna forma, se insinuó con este suceso que Bond estaba condenado a no enamorarse, a no comprometerse firmemente, pues la desgracia se volvería sobre él.

- Filmografía citada:

Gilda (Charles Vidor, 1946)

Vértigo (Alfred Hitchcock, 1958)

Con faldas y a lo loco (Billy Wilder, 1959)

007 contra el Dr. No (Terence Young, 1962)

Goldfinger (Guy Hamilton, 1964)

007 al servicio secreto de su Magestad (Peter Hunt, 1967)

Vive y deja morir (Guy Hamilton, 1973)

Sólo para sus ojos (JohnGlen, 1981)

Panorama para matar (Jon Glen, 1985)

Muere otro día (Lee Tamahori, 2002)

Quantum of Solace (Marc Forster, 2008)